

El Consejo de un Padre



Recuerda, hijo mío, que tienes que trabajar. Si tu herramienta es una piocha o una pluma, una carretilla o un lote de libros, si cavas zanjas o editas un periódico, si te encuentras tocando la campana de una subasta o escribiendo cosas chistosas, de todas maneras, tú tienes que trabajar. Mira a tu alrededor y te darás cuenta que los hombres que mejor pueden pasar los años finales de sus vidas descansando, son los que han trabajado más arduamente de jóvenes.

No tengas temor de matarte con una sobredosis de trabajo. No sería posible que lo hicieras mientras no hayas llegado a los treinta años. Por cierto, a veces mueren los jóvenes, pero son los que dejan el trabajo a las 6 de la tarde y no llegan a sus casas antes de las 2 de la madrugada.

El intervalo es el que mata, hijo mío. El trabajo te da buen apetito a la hora de las comidas; le da profundidad a tu sueño; crea aprecio y gratitud por el descanso.

Hay jóvenes que no trabajan; pero el mundo no se enorgullece de ellos. Ni siquiera conoce sus nombres. Había de ellos simplemente como los hijos de Fulano de Tal. Nadie los quiere. El mundo del trabajo ni se da cuenta que existen.

Entonces, descubre qué quieres ser y a qué te vas a dedicar. Luego, arremángate y comienza a levantar polvo. Mientras más ocupado estés, menos probable será que te metas en dificultades, más dulces serán tus sueños, más brillantes y felices serán tus horas de descanso, y mejor satisfecho estará el mundo contigo.

- Traducido de *Allegheny Wesleyan Methodist*